

Dinero limpio: una oportunidad para Suiza como centro financiero

Tras las enormes grietas de la UBS, el reblandecimiento del secreto bancario, la traición a los clientes, Suiza como centro financiero está tan de capa caída como no lo estaba desde tiempos inmemoriales. ¿Cuál es su situación ahora, tras el rescate de la UBS propiciado por el dinero de los contribuyentes y el levantamiento forzoso del antiguo secreto bancario? Sólo si los gestores patrimoniales suizos están dispuestos a ser competitivos sin condiciones tendrán posibilidades de triunfar en el futuro. Por Lukas Hässig

Cuando diariamente se leían nuevos titulares negativos sobre la profundamente hundida UBS, su directiva puso incluso en tela de juicio su antiguo nombre; y es que la imagen del logotipo de la marca con el rótulo rojo y las tres llaves negras parecía demasiado dañada. Se preguntaban quién lo asociaría aún con la idea de confianza, seguridad y discreción. Por un lado, nuevas crisis absorbían constantemente a las fuerzas internas, y por otro, los sondeos mostraban que sobre todo el público suizo era muy crítico, mientras que en el extranjero la gente estaba mucho más indignada con las quiebras de sus propios bancos.

Finalmente se logró salir de los números rojos y solucionar el peliagudo conflicto con la Justicia estadounidense. En ese momento, la UBS salió de su escondrijo. «Hasta que

esté convencido de que este es el banco adecuado, puede estar seguro de una cosa: No descansaremos», así se presenta desde finales de agosto, como una depurada multinacional financiera. «We will not rest», es la divisa, que suena mucho más elegante en inglés e implica ambas cosas: modestia y seguridad en sí misma, conciencia de los errores cometidos y un nuevo resurgimiento.

Al ex publicista del año y actualmente múltiple consejero de administración Walter Bosch le gusta el lema. «Así, por una vez, la publicidad puede cambiar algo», opina Bosch. Pero no sólo es la antigua etiqueta de la banca suiza la que hay que cambiar urgentemente. También Suiza como centro financiero donde se genera alrededor del 11% del valor añadido de todo el país contribuye al cambio y quiere volver a empezar. La posibilidad de

obtener elevadísimos rendimientos sin hacer grandes esfuerzos gracias a los capitales sin impuestos ha pasado a la historia.

¿Cuando el río suena agua lleva?

La crisis que hasta hace poco conmovía los mercados financieros y espoleaba los miedos de una descomunal quiebra sin control, prácticamente se ha extinguido, aunque la debilidad del euro, la deuda pública y los riesgos de la recesión siguen provocando regularmente réplicas del terremoto. ¿Será verdad aquello de que cuando el río suena agua lleva? se preguntará más de uno, para después concentrar su atención en otros temas.

Mucho más importantes – desde el punto de vista de los suizos – son dos preguntas. ¿Qué es lo que ha salvado a este pequeño país en este huracán del siglo de sufrir daños devastadores? Y la segunda: ¿Está justificado el actual optimismo de la industria financiera suiza que empieza a propagarse?, y en caso afirmativo, ¿en qué condiciones?

Que Suiza y su centro financiero hayan salido relativamente bien parados tiene que ver con una curiosidad. En caso de crisis, esta república alpina tiende a esperar hasta que el cielo escampe, para al final abandonar el campo de batalla en manos de una pequeña élite. «Como montañeros sabemos que las tormentas pueden ser violentísimas a veces», dice Alfred Mettler, catedrático suizo de finanzas que enseña en la Georgia State University de Atlanta, EE.UU.». «Hay que aguantar y no perder los nervios, nos dijimos también esta vez. ¡Se trata de esperar hasta que pase la tempestad!»

Pero esta vez la habitual estrategia resultaba insuficiente. Cuando el primer temporal, la crisis financiera, amenazó la estabilidad de todo el país, Suiza se puso totalmente en manos de un pequeño equipo de entendidos del mundillo bancario. Asumiendo una ingente deuda de miles de millones correspondiente a valores sin liquidez, el Banco



Nacional Suizo salvó a la UBS del colapso en otoño de 2008. (También Credit Suisse necesitó apoyo y encontró nuevo capital gracias a inversores de Oriente Próximo cercanos a las instituciones estatales.) La intervención fue necesaria una vez que quedó claro que la UBS había dilapidado su crédito y ningún inversor privado estaba ya dispuesto a prestarle el dinero que necesitaba tan apremiantemente. Con la insolvencia pesaba sobre el banco la amenaza de un hundimiento descontrolado. Lo que eso podía significar muestra el ejemplo de la quiebra del banco de inversión estadounidense Lehman Brothers, sucedida poco antes, que sembró el pánico en los sistemas financieros del mundo entero, y eso que la suma de su balance era tres veces menor que la de la UBS.

El BNS intervino rápidamente sin consultar con el Parlamento, liberó a la UBS de su carga poniendo en marcha un plan secreto y orquestó una aportación de capital propio procedente de los bolsillos de los contribuyentes. Cuando unas semanas después los consejeros federales dieron finalmente su visto bueno para la implantación de este plan, ya estaba todo arreglado. Dio resultado, el plan de rescate a la suiza salió bien. El modelo de una élite que interviene rápida y silenciosamente, que toma las riendas en caso de emergencia, dio sus frutos para la república alpina. Todos estos acontecimientos volvieron a traer a la memoria lo sucedido en los años 90 durante la crisis de los fondos no reclamados depositados en los bancos durante la Segunda Guerra Mundial, cuando los banqueros principales de Suiza, tras dudar mucho, acabaron con el problema de un plumazo, es decir abonando de una vez una gigantesca suma.

¿A esconder la cabeza como el avestruz!

También en el conflicto fiscal con EE.UU. los responsables actuaron al principio casi a escondidas, pero en ese caso la gestión de la crisis resultó un fracaso. ¿Por qué? A diferencia de la quiebra de las hipotecas de alto riesgo, no sólo se acusaba públicamente a la UBS de complicidad por posibilitar la evasión fiscal, sino también a toda Suiza como centro financiero. El hecho de que fuera el primer banco suizo el que gestionaba el negocio de los paraísos fiscales de una forma especialmente agresiva y arriesgada en el caso de los clientes extranjeros más pudientes no



Gratificaciones

cambiaba nada en lo referente a la amenaza general. Para muchos gobiernos extranjeros, todos los bancos suizos vivían de dinero libre de impuestos. EE.UU., que ya había lanzado una gran ofensiva contra los paraísos fiscales, acusó concretamente a la UBS, pero el blanco de sus críticas era en realidad Suiza como «reino de los paraísos fiscales». Lo que amenazaba a la empresa UBS suponía asimismo un riesgo para este pequeño y adinerado país, y EE.UU. quería convertirlo en un escaparate de su campaña contra la evasión y el fraude fiscal. El hecho de que EE.UU. no luchara contra sus propios bastiones de paraísos fiscales, como el Estado federal de Delaware, no le sirvió de mucho a Suiza.

El Consejo federal y la cúpula del centro financiero suizo podrían haber estado preparados. Ya en 2004, uno de los banqueros suizos más famosos y de mayor credibilidad habló muy claramente de los riesgos que conllevaba el rentable negocio con el dinero negro. Hans J. Bär, que imprimió una huella indeleble durante muchos años al banco privado del mismo nombre, escribió en su autobiografía «Seid umschlungen, Millionen» (Dejáos abrazar, millones), que con el secreto bancario para proteger a los evasores fiscales «nos hincharíamos pero acabaríamos impotentes». En una entrevista con la revista «Weltwoche», Bär volvió a subrayar, en una época en la que todavía ningún exponente del centro financiero helvético se hubiera atrevido, sus críticas al secreto bancario y su alambicada diferenciación entre fraude y evasión fiscal. «Esto es muy discutible», dijo Bär hace seis años con refrescante franqueza. «No es ético. Probablemente soy demasiado

tonto, porque no comprendo la diferencia. Si yo doy datos falsos en el impreso de la declaración de la renta no estoy cometiendo un fraude sino que se trata de evasión de impuestos. ¿Por qué? Porque el impreso no está considerado como un documento. Esto no hay quien se lo explique a un anglosajón: Usted paga o no paga impuestos – no puede haber un término medio.» El toque de diana de Bär pasó desapercibido porque el negocio con las enormes fortunas extranjeras era demasiado lucrativo. Así que se recurrió a la táctica del avestruz, escondimos la cabeza y el supuestamente cauteloso sector suizo de las finanzas se jugó todo a una carta.

La extendida ignorancia de bancos, política y entes públicos condujo a un fracaso colectivo y obstaculizó la típica gestión discreta de las crisis; a diferencia del problema con los valores de hipotecas de alto riesgo de la UBS para cuya resolución se intervino ejemplarmente con un gran éxito. Los altos cargos del centro financiero suizo estaban cohibidos, igual que la Comisión Federal Bancaria (CFB, hoy Inspección de los Mercados Financieros: Finma) en calidad de regulador principal, perfecta conocedora de los métodos aplicados en los paraísos fiscales de los gestores patrimoniales suizos, que no obstante desaprovechó la ocasión de frenar a tiempo la cacería en busca de un número creciente de patrimonios privados extranjeros. La pregunta a plantearse es cómo habría podido este ente, en el cual ocupaban además puestos clave algunos antiguos directivos de grandes bancos, tomar las riendas durante la crisis y aplicar medidas rigurosas, si hasta entonces su política se caracterizaba por el no intervencionismo?

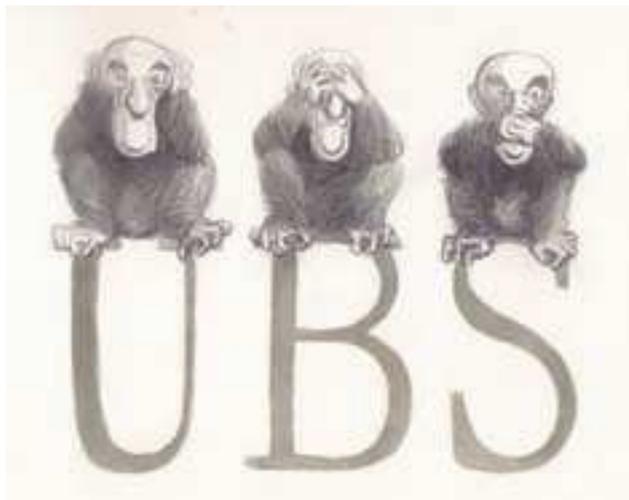
Así, el país delegó la solución del conflicto fiscal con EE.UU. que cada vez era más peligroso, en los responsables del banco impudato, mientras la administración y la política se limitaban a prestar apoyo. Obviamente, resultaba problemático que justamente los directivos que habían tolerado y en parte fomentado el amplio encubrimiento a la evasión fiscal en territorio estadounidense siguieran ocupando sus cargos cuando el banco negociaba con las tajantes autoridades judiciales estadounidenses para asegurar su supervivencia. Y si bien los protagonistas de la UBS lo desmienten, se multiplican los indicios de que para los antiguos responsables de UBS era más importante salvar su propio pe-

llejo que ocuparse de Suiza y de los clientes extranjeros. El amplísimo análisis de la Comisión para la Revisión Comercial nombrada por el Parlamento despierta dudas sobre la versión oficial, según la cual el banco que «era demasiado grande para hundirse» estaba a punto de ser enjuiciado y sufrir un nuevo colapso. En vista del temporal que seguía asolando el sector financiero, es probable que los estadounidenses se hubieran limitado a tachar de delincuentes a los ex directivos de la multinacional financiera, con objeto de incrementar la presión.

En el conflicto fiscal se podía jugar al póker, pero Berna tenía miedo. «Al final nos pareció demasiado peligroso jugar con fuego, y aceptamos las condiciones de EE.UU.», explica Urs Zulauf, el jurista responsable de la Inspección de los Mercados Financieros, para justificar sus titubeos». El resto es agua pasada. Con la entrega de los datos bancarios de 250 clientes estadounidenses de la UBS a los cuales Suiza les denegó el derecho al recurso de apelación, Suiza renunció a principios de febrero de 2009 a la quintaesencia de su secreto bancario, en vigor desde hacía 75 años. A medida que aumentaba la presión de la comunidad internacional de los Estados, el Consejo federal aceptó poco después la norma internacional para la revelación de los datos bancarios en caso de evasión fiscal, promulgando más tarde una ley especial según la cual otros 4.500 clientes estadounidenses de la UBS pudieron ser considerados evasores fiscales con efectos retroactivos. «Es inaceptable que tengamos fama de fastidiar a los demás para salvar el propio pellejo», dice muy molesto el Presidente de los Banqueros Privados Suizos Konrad Hummler en una entrevista al periódico Sonntag. No obstante, tampoco este elocuente y beligerante banquero pudo evitar la debacle.

SUIZA COMO CENTRO FINANCIERO

Suiza – ¿De histórico caso especial a extraño caso político? Esta es la pregunta que plantea Peter Hablützel, antiguo funcionario jefe del Departamento federal de Finanzas, en su libro „Die Schweiz und ihre Banken (Suiza y sus bancos), en alemán, en el que ilustra las características de Suiza como centro financiero desde la perspectiva de un historiador y un politólogo y hace previsiones sobre su evolución y orientación. www.oeschverlag.ch



Euforia pese a las dificultades iniciales

La conclusión, desde el punto de vista de los suizos, es que se ha superado la crisis financiera, pero no la fiscal. Las autoridades judiciales de EE.UU. siguen persiguiendo a otros bancos, por ejemplo el anglo-asiático HSBC, cuya unidad comercial de banca personal, es decir la gestión patrimonial de los clientes adinerados, tiene su sede en Suiza. En Europa, especialmente las autoridades alemanas son las que se han empeñado en acabar con la estrategia suiza de los paraísos fiscales con capitales producto de la evasión fiscal. Recientemente se registraron todas las filiales de Credit Suisse en Alemania, tras la iniciación de cientos de procesos por parte de las autoridades contra clientes de ese banco que depositan su capital en paraísos fiscales. Anteriormente, los investigadores habían comprado un CD con datos robados, que contenía los nombres de evasores fiscales alemanes.

Pese al incierto futuro de los patrimonios de miles de millones sin impuestos procedentes de otros países, hay asimismo buenas noticias sobre el dinero negro, en parte por razones exógenas: La deuda pública y la depreciación de la moneda fuerzan a los países de la zona euro, particularmente a los grandes como Alemania, Francia e Italia, a cambiar su lista de prioridades, y países de la UE como Luxemburgo y Austria son, como Suiza, contrarios al intercambio automático de información.

En todo caso, Berna puede permitirse un respiro. El Departamento de Asuntos Exteriores ha puesto a Michael Ambühl, diplomático de altas esferas y con una larga experiencia en la gestión de crisis, a disposición del Departamento de Finanzas para asumir

la dirección de la nueva Secretaría de Estado para Asuntos Financieros Internacionales. El considera que la tasa de compensación es una solución extraordinaria. Pero en su entrevista para el NZZ el pasado agosto, Ambühl opinaba que todavía era demasiado pronto para dar información detallada al respecto. «Lo que puedo decir es que nuestras propuestas suscitan un interés que aún las reivindicaciones del Estado en lo relativo a ingresos fiscales y las de los clientes de los bancos en cuanto a la protección de su esfera privada.» Y está convencido

de que es imperativo firmar un convenio al respecto, «para que Suiza no corra el peligro de figurar cada quince días en una lista negra».

Además del «Comeback kid» UBS, otros muchos bancos pequeños y medianos vuelven a recuperar el optimismo. Bancos con una larga tradición, como el zuriqués Julius Bär o el Vontobel, informan de nuevos ingresos de miles de millones depositados este año en sus arcas. También entes estatales como el Zürcher Kantonalbank (ZKB), que intentan atraer cada vez más capital extranjero ven el futuro de color de rosa, y todos ellos afirman que sólo aceptarían dinero «limpio», es decir nuevos capitales ya gravados en el extranjero, y delegan en la Confederación la decisión de qué hacer con el dinero «sucio» ya depositado.

Al menos intentan concienciar a los clientes. Así, aunque el ZKB, según sus propias declaraciones, no exige ningún comprobante fiscal, en el curso de las correspondientes negociaciones con el cliente intenta averiguar si el cliente ha declarado su capital al fisco de su país y se miran con lupa las relaciones ya existentes con diversos clientes, asegura el banco. «El ZKB aconseja a los clientes de hace muchos años con patrimonios no declarados transparencia fiscal, pero no les da recomendaciones para que sepan cómo hacerlo.» Lo que está claro es que millonarios antes muy solicitados resultan muy conflictivos, y por eso se les arrincona.

Una auténtica estrategia de dinero limpio necesita tiempo

¿Está justificado el nuevo optimismo que reina en el mercado financiero suizo en vista de la carga no solucionada del dinero negro invertido en nuestro país? La imagen es con-

tradicitoria. Por un lado, los gestores patrimoniales suizos se benefician de la inseguridad global. La solidez del franco, nuestra singular vía política fuera de la UE, la disciplina fiscal y una seguridad jurídica aún muy elevada pese a la ley especial de la UBS atraen patrimonios privados extranjeros. Por otro lado, la comunidad internacional de los Estados se muestra infatigable en su lucha contra los evasores fiscales. «Probablemente, el caso de la UBS sea sólo el primero, cada banco suizo, sí, cada empresa financiera debería desarrollar una estrategia de cómo quiere zanjar lo antes posible las dificultades pasadas y plantearse su futuro», opina Alan Granwell, del conocido bufete DLA Piper, en Washington.

Darle largas al asunto sería una irresponsabilidad, pero también son problemáticas las medidas muy rigurosas. Si de repente los bancos consideran delincuentes a sus propios clientes desde hace años, pondrán en peligro su reputación como socios fiables y con ello su propio futuro. ¿Qué hacer? No se puede aplicar una auténtica estrategia de dinero limpio que vaya más allá de las buenas palabras sin un «cambio de agujas», dice Teodoro Cocca, catedrático suizo especialista en bancos que enseña en la Universidad Kepler de Linz, Austria. En lo referente a los patrimonios actuales, los institutos financieros deberían pedir a los clientes que declararan ellos mismos su capital, «preferiblemente en combinación con un proceso de declaración estándar elaborada por el banco». Si esto no resultara, se debería «en último término, poner en tela de juicio la relación con el cliente.» Opina que en el caso de nuevos capitales, el cliente tiene que entregar una «garantía de declaración», y habría que hacer una continua «supervisión de la relación con el cliente». Cocca «sueña» con un sello de calidad «No tax evasion inside» para la gestión patrimonial suiza, y piensa que una política del dinero limpio que vaya tan lejos «difícilmente habrá sido aplicada por un banco privado». Y precisa: «todavía no.»

Pero quizá lo sea pronto. Los últimos acontecimientos hablan en favor de que Suiza y sus bancos han dado un golpe de timón en la dirección correcta – la de los patrimonios declarados – y están cambiando su estrategia. Al menos eso piensa Jeffrey Owens, responsable fiscal al frente de la OCDE, que se ocupa de los países desarrollados y uno de los críticos más despiadados del antiguo régimen suizo del dinero negro.

«Suiza ha hecho grandes progresos en la lucha contra la evasión fiscal», dijo Owens la primavera pasada cuando le preguntaron al respecto. Sobre todo se alegra de la postura inequívoca del Consejo federal. Ahora les toca a los bancos elaborar un «nuevo modelo comercial para el sector financiero suizo». Se refiere a uno que no se beneficie ya de la evasión fiscal mundial, sino que convenga por su asesoramiento profesional.

¿Bien está lo que bien acaba? Todavía es pronto para bajar la guardia. Por una parte, ningún mercado financiero importante ha sido tan espoleado por la problemática del lema «Too big to fail» – como el suizo, con sus dos grandes bancos cuyos balances suman, juntos, el cuádruple de la producción económica suiza; el banco más grande de EE.UU. alcanza una escasa sexta parte del PIB. Y en cuanto al dinero negro, no sirven de nada los propios esfuerzos, mientras los otros países no estén dispuestos a poner punto final al pasado secreto bancario, en todo caso con la contrapartida de una compensación única por parte de los propios centros financieros, como proponen el banquero privado Hummler y otros expertos.

De todos modos, lo decisivo es algo mucho más básico. ¿Cambiarán de actitud los gestores patrimoniales frente a la evasión fiscal? ¿Aceptarán el consejo que les dio a través de

la entrevista con el «Tages-Anzeiger» la Inspección Central de los Mercados Financieros de hacer un «reparto obligatorio», ya que ésta opina que la actitud de los bancos sería «totalmente negligente» si siguieran aceptando dinero negro? ¿Será verdad que los bancos suizos y sus asesores de clientes quieren despedirse de la lucrativa era de hacerse los suecos? Resumiendo: ¿Está dispuesta Suiza como centro financiero a accionar el interruptor y por convicción aceptar y gestionar únicamente patrimonios declarados? Es la nueva actitud sobre este tema tan candente la que marca la diferencia, en forma de nuevo código, que puede asegurar el futuro al producto banca suiza, que ha cosechado tantos éxitos, al querer introducir un nuevo código de comportamiento. En palabras ya se ha iniciado el cambio, ahora toca implantarlo en la realidad. Sólo así podremos confiar en el futuro.

LUKAS HÄSSIG es periodista económico independiente y autor del libro «Paradies perdu» – Vom Ende des Schweizer Bankgeheimnisses (Paraíso perdido, historia del final del secreto bancario suizo), en alemán, publicado por la editorial Hoffmann und Campe.

PETER GUT, nacido en 1959, es uno de los caricaturistas más notables de Suiza y trabaja regularmente para el periódico «Neue Zürcher Zeitung» y otras publicaciones. Ilustramos el artículo sobre Suiza como centro financiero con sus comentarios en forma de dibujos sobre el caso de la UBS y la crisis financiera.



Pacto estatal a cubierto